

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



IMÁGENES FURTIVAS

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Imágenes furtivas

Elko Omar Vázquez Erosa



Libro 14



Diván

Imágenes furtivas

© 2021 Elko Omar Vázquez Erosa

© 2021 Amazon

© Diseño: Elko Omar Vázquez Erosa

© Fotografía de portada: Juan Campos

Blog: <https://voluptuosidadeslapalabra.com>

<https://www.youtube.com/@voluptuosidadeslapalabra>

Un hombre puede volverse

adicto a la tristeza,
y recolectar imágenes
que van a reflejarse
4en todo pliegue del instante,
en toda forma que sorprende
la mañana en su gris peregrinar,
con esa sorda desesperación
que aconseja el recuerdo
de unas manos, una rosa, un jardín.

Sentado frente a mi copa de angustia,

frente a destellos en ámbar y otoño
cincelados con las horas vacías
que formulan preguntas a la noche,
a los desiertos de cardo y espinas
que constituyen los rojos espacios
de esta vieja y enorme soledad.

Mis sueños son demonios que se encarnan
al conjuro de una antigua locura,
criaturas que gustan de la tormenta,
de los paisajes hostiles e inciertos.

Algunas veces la lluvia imagina
una dama fantástica y de nieve,
una mano helada para mi fiebre,
un pájaro hecho de canto y de luz.

Sentado frente a mi copa de angustia
vine a buscar un refugio en las sombras,
y con la sed que se llama agonía,
y al filo de mis ansias sin medida
pregunté al oráculo de la fuente,
pero el agua tan sólo reflejaba
del ángel caído penas sin tregua.

Ella tenía el alma

hecha de lluvia y alambre de púas,
de horas incontables
mirando en la ventana
un vuelo de pájaros cenicientos
que huían cansados,
bajo la niebla.

Ella buscaba en la frontera
de los sueños oxidados
sus viejas quimeras infantiles,
sus primeras lágrimas de amor,
y con el vestido lleno de paja
y de rotas plegarias lunares
ella esperaba, tal vez una carta,
tal vez el regreso de un dios,
pero sólo volvía la lluvia.

Un día se desvanecieron mis dioses

en los pliegues oscuros de la montaña
para dejarme, cual náufrago distante,
a merced de mis demonios familiares.

Desnudo y sobre las frías baldosas

intento reunir, pedazo a pedazo,
esta vida hecha de sangre y cristal,
de vagas resonancias que en la lluvia
tendían para hallarte hilos de plata.

Olvidado entre las húmedas ruinas
busco recordar todos los detalles,
cada milímetro de tu piel.

Hija de la muerte y la confusión,
criatura del relámpago y la lluvia,
concédeme las olas de agonía
que en tus ojos prometen el olvido,
ese vasto silencio del océano.

Insomnes madrugadas

rociando de fantasmas
las paredes sombrías
de alcobas temblorosas.

Un cigarro a deshoras:
inoportunas lágrimas,
inoportunas luces
bañando los cristales,
marcándonos con voces
en lejanos palpitantes
de borrosos paraísos...

en lejanos palpitantes
de borrosos paraísos.

Ella, no sé cómo,

siempre vestía de tristeza
y paseaba por las calles
pintando los rincones de azul,
e incluso una sonrisa
era entre sus labios
un barco de papel bajo la lluvia.

Ella, pequeña de rizos castaños
—yo conocía su corazón—
yo conocía sus sueños andariegos,
mezcla de suaves romanzas
desvanecidas en la espera.

A la sombra de las ramas frondosas,

bajo el árbol de la sabiduría,
el viajero se detiene un instante
y recibe la caricia del viento,
un bálsamo de luz y de sonido
que le brinda la diosa de las fuentes
para combatir sus horas de fiebre.

El sombrero descansa en las raíces
que se nutren con la savia del tiempo
y a lo lejos, en los cerros azules,
el rostro misterioso de los dioses
aviva la memoria somnolienta,
los días luminosos del ayer,
el canto cristalino del tequila.

Los años en la frente del viajero
las profundas arrugas cincelaron,
esos viejos pesares indelebles,
reflejo de una búsqueda inconclusa,
la obsesión imposible del poeta.

Yo, amo del crepúsculo,
ladrón de paraísos breves,
perpetuamente derrotado
por el tiempo,
encadenado por tu imagen.

Yo, despiadado cazador de ángeles,
condenado a la sed de los mendigos,
suplicando el instante,
el eterno instante entre tus labios.

Yo, amo del crepúsculo,
sacerdote de placeres retorcidos,
desencuentro desposado,
desposado con la noche.

Era tu piel caricia de la nieve,

salvaje perfume de la montaña,
canto, delirio acaso.

Eran tus manos blancas como un lirio
entretajadas de luz y agonía,
cinceladas de sueño,
de secretos y espuma,
de las cosas que nunca nos dijimos...

...un beso hecho de hielo.

Al igual que los dragones

y los viejos unicornios,
ayer semidioses turbios,
ayer hechiceros graves,
prodigiosos alquimistas
de mil sueños intangibles,
los bardos terminarán
por extinguirse,
difuminados y azules,
imposibles y fantásticos.

Como la furtiva sombra del pájaro

sobre el manto cristalino del agua
rizado suavemente por el viento
la magia de tu rostro en la memoria.

Dejé de ser ese pálido niño
que te amaba con sus ojos almendra.

Los años me hicieron necio y brutal,
un bárbaro sombrío,
una bestia que en nada se parece
a la delgada silueta de príncipe
que entonces te gustaba contemplar
en el plateado espejo del estanque.

Lo sé... te he perdido,
pero el paso de las hojas marchitas
es como un vuelo de abejas doradas
que buscan, sin descanso, la belleza
de la fuente de Urdar.

Tal vez emborracharte de nostalgia
mientras miras desprenderse de los muros
bandadas de pájaros
heridos por la lluvia.

Tal vez un amor en una aldea perdida,
una copa de vino y un lecho de paja.

Tal vez el misterio no sea
más que este lento y dulce morir.

El tiempo se detuvo en tu mirada,

el agua del estanque se agitaba
con el recuerdo de cientos de vidas,
ecos de risa en medio de la nada.

Hallarte, recortada contra el agua,
y desgarrarme el alma
al perderte, al perderte otra vez.

He vivido en mares profundos,

he buscado mi alegría
en la vasta desolación
de los abismos sin nombre.

Unos ojos relampagueaban
con los sueños del mañana,
desvanecidos de aurora,
claros y llenos de dulzura.

Unos ojos como los tuyos
siempre traen a la mente
los sempiternos y helados,
blancos desiertos del norte.

Supongo que las horas

intentan recordar,
a la luz de la lámpara de aceite,
el trazo suave de tus blancas manos.

Supongo que los años me han dejado
las negras, infinitas amarguras,
el pájaro que llora,
dolor que cincelaste:
los negros nubarrones de tu ausencia.

Vine de tierras lejanas,
siempre bebí en las fuentes
de esta mi locura atemporal.

Una vez en el delirio,
una vez tan sólo de tus labios,
una vez, ángel-demonio,
leitmotiv de mi existencia.

Caminando por las calles del pueblo

me vino a la memoria
otro verano lluvioso y sombrío,
esa esbelta figura que yo amaba,
ese pálido rostro recortado
por oscuros cabellos.

Recuerdo aquella tarde:
tú cargabas un cántaro de leche
mientras yo te veía embelesado,
inventando el valor para acercarme.

Te acompañé a tu casa
y durante ese breve recorrido
dejé mi corazón en tu mirada,
en tu mirada triste, una vez más.

Lo cierto es que tus ojos me persiguen
desde entonces, desde antes, desde siempre.

Siento que siempre te amaré,

que la memoria despiadada
jamás borrará tu perfume
ni aquellas tardes otoñales,
acaso nada para ti.

Y así, sencillamente mía
en cada lágrima de ayer,
pues loco te reclamo mía,
volverás con dejos furtivos
de la más triste melodía.

Y desgarrando con locura
los dulces sueños que confiaba
en tus manos de leche y sangre
apuraré la amarga copa
que Dios otorga al peregrino.

Como el canto del pájaro

poco antes de la lluvia,
como nube lejana y desgarrada,
estos días sombríos te recuerdan,
imaginan tus ojos de obsidiana
y desean, desesperadamente,
reflejarte en las aguas del estanque.

Ocre polvo, ensueño de los siglos,
palacio de lagartijas y de máscaras
talladas por hombres de culturas olvidadas,
silenciosas en este océano tristeza.

Era Beltane, tus ojos me atraparon,

tus labios formularon
los imperecederos sortilegios
de tus sueños ardientes
y tu pelo de bronce.

En las islas distantes
vagan los fantasmas de nuestro ayer,
las canciones antiguas,
el resplandor de los fuegos sagrados.

En los mares del tiempo
mi búsqueda incansable
a través de mil vidas,
de las negras espinas de los años,
los días sin medida,
las horas de tormento.

Como una araña tejendo

sus hebras de plata,
como un roble de flamas y viento
pude vivir la plenitud del ser,
y tocaba
con extremidades invisibles
las verdes e infinitas extensiones.

Pude escuchar el coloquio de las hadas,
el canto de los bardos extraviados.

Fui un druida en el bosque,
un insecto en las hojas,
una lengua de agua
horadando
las raíces del tiempo.

Oración a Nabia

Señora de las fuentes,
señora de las aguas,
concédeme el valor,
concédeme los días del combate,
los días de la gloria,
los claros horizontes...
tan bellos como tú.

Llovía frío,

y los dioses tronaban en lo alto,
y yo aguardaba en el quicio silencioso
de una puerta.

¿Y qué era la distancia?

¿Y qué las frías agujas si con verte?..

Horas de mirar el ventanal,
pretendiendo sueños de leche y miel,
pretendiendo
las furtivas sombras de la lluvia.

Recuerdos de la infancia

a la orilla de un lago y en la noche
(aquella luna enorme y amarilla).

Lamentabas la muerte de tu novio
como una bestia herida
—una bestia rubia de ojos azules—
y en cada lágrima, en cada gemido,
el rostro de tu amado.

Laura niña, los años han borrado
las antiguas pasiones,
no obstante algunas veces
imposibles jinetes del romance
te retan a seguir
los plateados senderos de la noche.

Bajo la bruma gris la piel de los lobos

—es que nunca te pude arrancar de mi alma—
siempre volvías con alas de pájaro.

Esta embriaguez demencial en el tímpano,
helado desierto que irradian tus ojos,
mis frías visiones matando la calma.

Telaraña de niebla

Te llamas agonía,
eres vuelo de pájaro en la lluvia,
ese rumor distante de los truenos,
telaraña de niebla,
nostalgia despiadada.

Frágil como espuma,
como el sueño del guerrero
bruscamente destrozado
en vendavales de llamas:

mi geografía de angustia,
estas ganas de gritar,
de llorar como los santos
tantas lágrimas de sangre.

Unos ojos vueltos ámbar
que cincelados canto,
que cincelados llanto.

Héroe trágico hecho bruma,
cual pájaro carnicero
impetuoso y recortado
en montañas azufradas.

Unos ojos vueltos ámbar
do la vieja tristeza
de Luzbel en sus blasones.

Y como una rosa mustia,
y como una rosa helada.

La belleza telúrica

de un oscuro poema,
el vuelo siniestro
del ave de presa,
el turbio reflejo
en la mancha de sangre.

Negros heraldos de Odín
donde la bruma escarlata
de fieros, rojos demonios.

Un manto de ardientes cenizas,
un sudario tejido con gritos,
un valle sembrado de estacas.

Y no parece que tengas idea,

Señor, de cuán espeluznante
puede volverse la vida
esperando el falso tren
de los sueños
que siempre pasan de largo.

No hace falta que me ordenes temor:
estoy aterrorizado
con la esquiva ilusión,
con la nada que se vuelven mis días,
con la rabia, la impotencia,
los deseos de romper la ventana
imaginando que entre añicos y sangre
pueda olvidar este *continuum* de piedra.

Tu pelo...

diríase de negra tinta,
un lago nocturno
difuminado de luces.

Constructora de sombras
—te resguardan leones—.

Una torre esmeralda,
una furtiva lágrima,
el azul de tus ojos.

Muñeca de leche
—muñeca de espuma—.

¿Y quién, con una gota
de sangre entre las venas
no sigue obstinado en la leyenda?

Los sueños de la lluvia

La lluvia imaginaba
tristes castillos de piedra y silencio,
viejos, desdibujados por la niebla,
por años agrietados
hechos de musgo y hiedra.

Los sueños de la lluvia
invocaban las antiguas nostalgias
que nutrían canciones,
esas canciones tristes
de tus ojos almendra...

En tardes imposibles...
la lluvia imaginaba.

Ensoñadora y púrpura,

en las calles empedradas,
en los muros encalados
donde trepan los zarcillos
de la vid, bajo un sol
que se vuelve resonancias.

Ensoñadora y púrpura
siempre te recuerdo,
siempre que acude la nostalgia
con sus galas turbias
que van tejiendo un infinito.

Ámbar y otoño en la luz

de tus ojos almendra
que sólo saben de lluvia.

Catedrales de melancolía:
eternidad engañosa
de un viejo poema.

Soy el fantasma

que atraviesa las calles
de un pueblo desvanecido en la lluvia.

En la lluvia te busco...
en lejanos murmullos.

Muñeca antigua,
efímera sonrisa alucinada
en infantiles voluptuosos
de callados matices
orientales.

Esperanza muda,
amaneceres dulces
disfrazados de rocío
en la breve línea
de tus pies.

Preciosa mía
—linda y solitaria—
adicta a los idilios
fantasmales.

Cual si de noches trenzada

fue reteniendo sus lágrimas,
¡ay!, silenciosa y lejana...

Rendía al par de su llanto
—con esos labios cansados—
una sonrisa tan sólo,

y desangrando su alma
vertió en el cauce del río
nítidas perlas de grana.

Y desde los extremos de las vigas

los rastros de agua y musgo
en antiguas paredes.

Los amplios ventanales enrejados
—algunos sin postigos—
permitían el flujo
de una luz gibosa que traspasaba,
apenas traspasaba,
el cielo encapotado de la tarde...

Los vampiros dormían.

Podrías soñar

más allá de la embriaguez,
acaso llorar amargas
lágrimas de yeso...

...llanto del sepulcro,
fugitivas ansias de la tarde
hechas ecos y madrigales
aderezados con tu pelo.

Dorado evanescente de tus ojos
vuelos plegaria como dicen
que son los rezos que murmura
la desolada madre del viajero,
y batir de alas,
y caricia salamandra
de la eterna espera,
del eterno luto...

...y rugir de viento,
tenue roce de la sílfide,
de la amante destrozada
en las garras de su amado.

¡Qué dulce es mirarte!
¡Cuán duro es quererte un instante!

Era una mujer de niebla y de silencio,

espíritu de los acantilados,
el eco del crepúsculo lluvioso,
fantasma en la distancia.

Su canto dibujaba laberintos,
un entramado de luces lejanas,
una súplica vehemente a la noche.

Mariposa esmeralda,

¿qué importa si no acuden las palabras?,
¿si de espuma nuestros sueños?

Lluvia,
¿has olvidado el balbuceo
de las charcas?,
¿de las imágenes dormidas
en la brisa?

Y ya no sabes de los días,
y en tus ojos perezosos
—naufragio cósmico y tristeza—
quiero extraviarme.

Hurgando en tus viejos cuadernos

volvieron a vivir tus penas juveniles,
los mensajes de tus antiguas condiscípulas
jurando eternas amistades,
grabando dibujos, diciendo que no cambies.

Los caminos de la vida son telarañas,
indescifrables laberintos,
ríos de lágrimas ardientes,
espejos que nos muestran el paso del tiempo,
la marcha implacable del viento y de la arena.

Será que tus labios no dicen

el secreto de las luces difusas
que guarda la noche,
que guardan los sueños.

Será que tu nombre,
perfume de ángel,
no sabe callar.

En las montañas lejanas y azules

los siglos pasan cual si fueran días,
como la vida de una mariposa
y el leve parpadeo de unos ojos,
como los sueños necios de la lluvia
que pretenden burlar, negar el tiempo.

Un manto de ensueños cubre

solitarias avenidas
y los árboles se sirven
de un lenguaje de fragancias:
los cristales de las casas,
de las casas somnolientas,
proyectan rojos fantasmas
de un ardiente atardecer.

Edith, dame tus sueños,
acaricia mis labios con los tuyos,
perfuma los senderos... de mis años.

Un esbozo breve

de tus ojos almendrados,
y una lágrima furtiva
que naciendo lenta,
que naciendo suave,
frágilmente...

Silenciosa y dulce
entre las raíces toscas
de un árbol que se funde
con el río.

Distantes claridades,

los árboles añosos
de ramas retorcidas
rodeando las visiones de la hacienda
mientras los viejos fantasmas acuden
al fuerte conjuro de la memoria.

Las tierras llenas de plantas silvestres,
las caballerizas abandonadas,
la atmósfera de pesada tristeza,
de sueños fugitivos.

Hoy recordé tu risa,
canciones que inventabas,
la fragancia de miel en tus cabellos.

Te fui pensando,

te fui soñando,
y el suave arrullo
del autobús
te dibujaba,
hecha dulzura,
hecha de ensueños
y lejanías,
de vagos rostros
vuelos remansos,
vuelos ternura.

Te fui trazando
con humo azul,
te fui inventando
con tenues alas.

En los días azules de antaño

ella creía ser una flor:
pasaba las tardes bebiendo quimeras,
bebiendo del sol.

En los días azules de antaño
Laura soñaba entre las olas
de infinitos mares prodigiosos.

Un lirio dorado fueras,

un extraño y hermoso fruto
para abrasar adormideras
en el país de los sueños.

Laura niña, tan distante,
Laura hecha recuerdos
una tarde en el río
cuando el agua humedecía
su pelo.

Laura desdibujada
en los pueblos del ayer
—amarillo flamígero en su pelo—
la blanca piel de Laura.

¿Es que hiciste
una inmensa antesala en el cielo
y llegaste amando
la vida con rabia?

Laura niña una tarde lejana
deambulando por estanques
silenciosos.

Cómo lloran tu ausencia los goznes,
centinelas de la vieja quinta,
mientras que las inconscientes hojas
se embriagan de sus juegos absurdos
corriendo —persiguiéndose en círculos—
para luego caer extenuadas
al pie de las dóricas columnas.

¡Cómo se me parece el crepúsculo
cuando afanoso lame los muros
con la esperanza de hallar tu sombra!

Espectros de los sueños

—fantasmas de la niebla—

resonancias furtivas

entre las enloquecidas esferas...

los presagios ardientes en el cielo.

A la luz de una lámpara de petróleo

y en medio de la nada
te escribo esta canción,
te ofrendo este pedazo de mi vida
mientras recuerdo los días azules
—los días que se fueron—
la sonrisa furtiva,
ese tímido roce de tus manos.

Los años implacables se llevaron
la miel de tus cabellos,
la fuente cristalina de tu voz
—fragancia de tu aliento—.

Las ilusiones se desvanecieron,
los caminos se llenaron de cardos
y de agudas espinas.

Tus besos se borraron y mis labios,
como unos blancos témpanos de hielo,
sólo saben de los tristes fantasmas
que gimen en la lluvia,
que lloran en la niebla...
languideciendo en los mares del norte.

Sueño con palacios inundados,

anegados de fango y olvido,
brillantes de insanas claridades
y viejos festones deslucidos...

...y sueño este necio *ritornello*,
y sueño cortejos de fantasmas
borrados en púrpuras violentos
que van exudando su dolor,
un dolor que había adivinado
en suaves remansos de tus ojos.

Me confieso adicto a la tristeza,
errabunda sombra de los mundos.

Rosa esplendorosa
en los valles de Dublín...

Desdibujada de lluvia
do las hojas del estanque,
mi niña de abril.

En el lago y sobre una barquichuela,

oculta entre las sombras de los árboles,

la rubia muchacha se entrega al sueño

bajo una lluvia de hojas otoñales.

Ansiosa, lejana mía,
hermosa diosa del druida
en los bosques sibilantes
de escarlata amanecer.

Tú, que conoces los signos,
tú que guardas en los labios
las veladas ilusiones
de un bardo mirando al mar.

Ansiosa, lejana mía...

Contigo viene el bosque,

contigo la fragancia,
los sueños de la luna
que vas iluminando
con dulces armonías,
con suaves espirales...

Con tal de revestir
la ciencia de los ángeles.

Una pluma tornasolada entre la hierba

—reflejos imprecisos donde el agua—
imágenes furtivas de los sueños.

Y ahora un avance especial de:

Impresiones

De:

Elko Omar Vázquez Erosa

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



IMPRESIONES

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

I. EL OTOÑO Y LA MUERTE

Ella, soplo de aire,

hoja que flota
en el vacío y en el agua.

Ella, siempre viva
en el poema,
con los matices del otoño
reflejados en la piel.

Ella, vagarosa,
presente y misteriosa,
rojo del cerezo
y del carmín crujiente...

llave de plata,
paso franco del vergel
y de la aurora.

Al igual que las hojas

—desprendidas llamaradas
contra el cielo—
se proyecta el pensamiento
en difusas pinceladas.

Llora el viento
y de las torres blancas,
florilegios azules
que imprime la distancia.

No alcanzo las notas
para componer
una visión precisa
de los ríos subterráneos
que me obligan a añorarte.

En círculos,
reflejo lunar de los templos
que hoy a el ladrón.

Escenas febriles
—polares—
de muerte y encanto.

Los goznes resisten:
sudor frío alentando
la vacilación de un animal
caído en la trampa.

Borracho de incienso
y de miedo
el intruso presiente
el vago murmullo
que levantando el vuelo
desde el abismo,
persigue al hereje.

En olas punzantes

de angustia y decepción,
buscando el lenguaje
que pudiera conmoverte.

Perdido en remansos
de locura,
al otro lado del sueño
y del espanto.

Ebrio en las notas dulces
de la flauta
y en el caer de las hojas,
heridas de sol;

en el parpadeo fugitivo
del relámpago
y sobre madonas góticas,
deformadas en cristal.

Con afanes de muérdago
y rocío, tras las rotas visiones
de tu espejo.

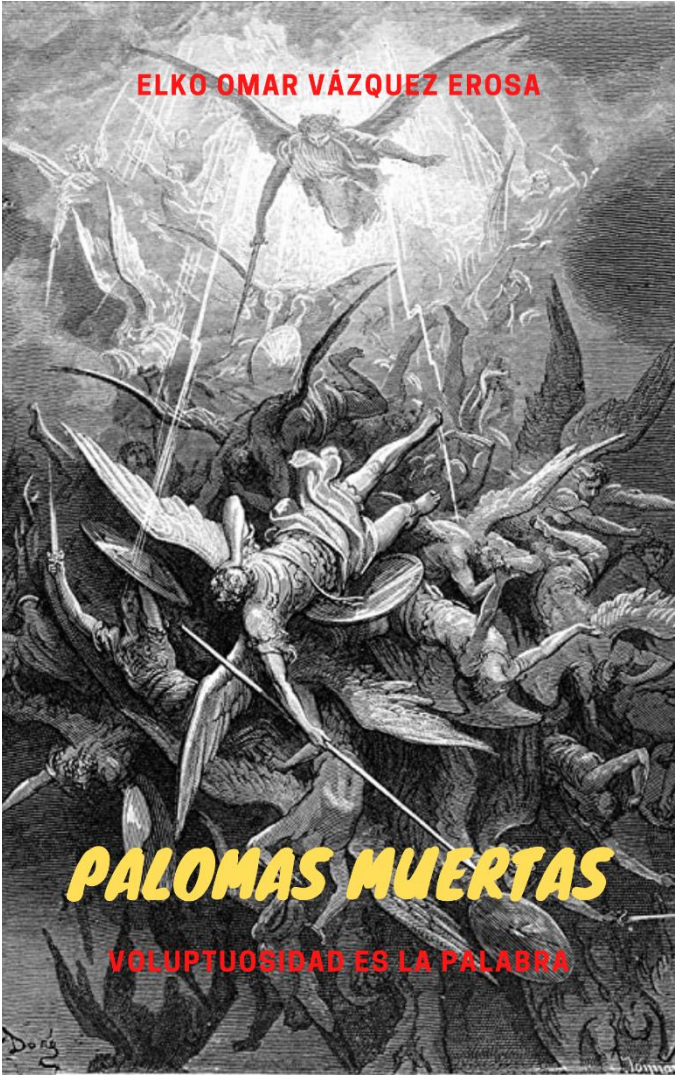
Cíbola, tierra de polvo

y de sueños marchitos,
tierra de paso
y de ilusiones
jamás realizadas.

Una armadura vacía,
una rueda en la arena.

Cíbola
—sólo necias pinturas
de necios pintores—.

OTROS LIBROS DEL AUTOR



ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

PALOMAS MUERTAS

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Poemas erizados de alaridos y púas

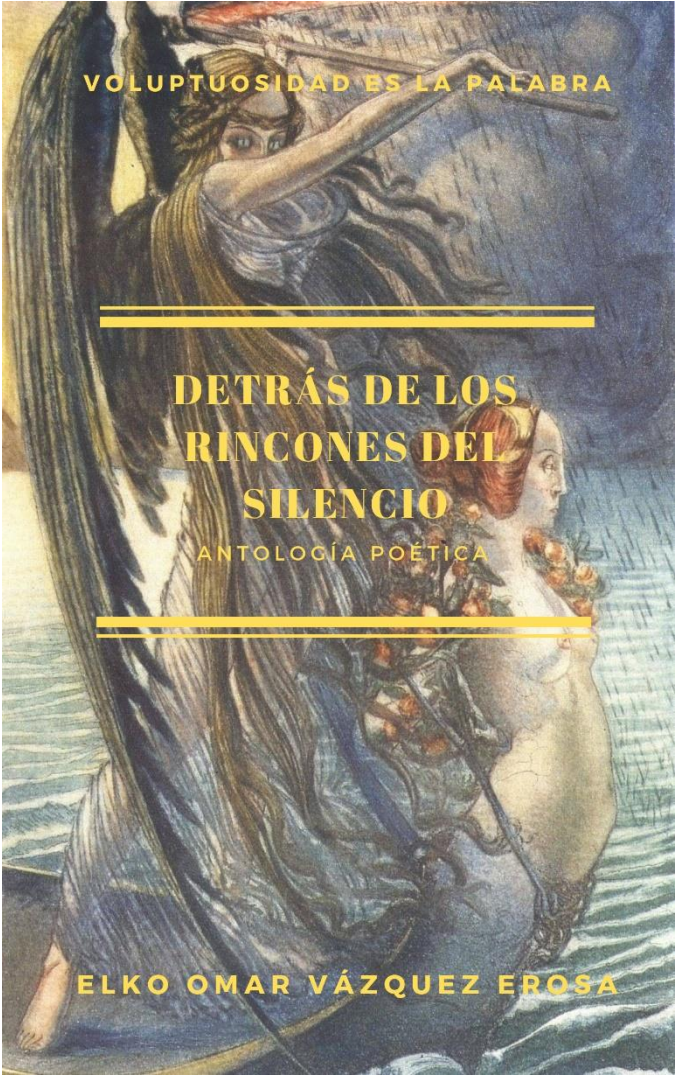
ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



SUDARIO

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Poemas paganos, desesperados, cual reflejos de antiguos resplandores en carmín y lapislázuli.

The background of the book cover is a painting. On the left, a winged figure, possibly an angel or a personification of death, is shown from the waist up, wearing a dark, flowing robe. The figure's wings are large and dark, with a lighter, feathered texture. The figure's right arm is raised, holding a long, thin object, possibly a sword or a staff, which points towards the top right. On the right, a woman is shown from the waist up, facing right. She has long, wavy red hair and is wearing a floral garland around her neck. She is holding a long, thin object, possibly a sword or a staff, which points towards the top right. The background of the painting is a dark, swirling mass, possibly representing a storm or a sea.

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

**DETRÁS DE LOS
RINCONES DEL
SILENCIO**

ANTOLOGÍA POÉTICA

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

Poemas encerrados en botellas de absenta, lanzados contra las olas del mar desde lo alto de una torre de marfil.

Contenido

<i>Un hombre puede volverse,</i>	3
<i>Sentado frente a mi copa de angustia,</i>	4
<i>Ella tenía el alma,</i>	5
<i>Un día se desvanecieron mis dioses,</i>	6
<i>Desnudo y sobre las frías baldosas,</i>	7
<i>Insomnes madrugadas,</i>	8
<i>Ella, no sé cómo,</i>	9
<i>A la sombra de las ramas frondosas,</i>	10
<i>Yo, amo del crepúsculo,</i>	11
<i>Era tu piel caricia de la nieve,</i>	12
<i>Al igual que los dragones,</i>	13
<i>Como la furtiva sombra del pájaro,</i>	14
<i>Tal vez emborrachante de nostalgia,</i>	15
<i>El tiempo se detuvo en tu mirada,</i>	16
<i>He vivido en mares profundos,</i>	17
<i>Supongo que las bonas,</i>	18
<i>Vine de tierras lejanas,</i>	19
<i>Caminando por las calles del pueblo,</i>	20
<i>Siento que siempre te amaré,</i>	21
<i>Como el canto del pájaro,</i>	22
<i>Ocre polvo, ensueño de los siglos,</i>	23
<i>Era Beltane, tus ojos me atraparon,</i>	24
<i>Como una araña tejendo,</i>	25
<i>Oración a Nabia,</i>	26
<i>Llovía frío,</i>	27
<i>Recuerdos de la infancia,</i>	28
<i>Bajo la bruma gris la piel de los lobos,</i>	29
<i>Telaraña de niebla,</i>	30
<i>Frágil como espuma,</i>	31
<i>La belleza telúrica,</i>	32
<i>Y no parece que tengas idea,</i>	33

<i>Tu pelo,</i>	34
Los sueños de la lluvia,	35
<i>Ensoñadora y púrpura,</i>	36
<i>Ámbar y otoño en la luz,</i>	37
<i>Soy el fantasma,</i>	38
<i>Muñeca antigua,</i>	39
<i>Cual si de noches trenzada,</i>	40
<i>Y desde los extremos de las vigas,</i>	41
<i>Podrías soñar,</i>	42
<i>Era una mujer de niebla y de silencio,</i>	43
<i>Mariposa esmeralda,</i>	44
<i>Hurgando en tus viejos cuadernos,</i>	45
<i>Será que tus labios no dicen,</i>	46
<i>En las montañas lejanas y azules,</i>	47
<i>Un manto de ensueños cubre,</i>	48
<i>Edith, dame tus sueños,</i>	49
<i>Un esbozo breve,</i>	50
<i>Distantes claridades,</i>	51
<i>Te fui pensando,</i>	52
<i>En los días azules de antaño,</i>	53
<i>Un lirio dorado fueras,</i>	54
<i>Cómo lloran tu ausencia los goznes,</i>	55
<i>Espectros de los sueños,</i>	56
<i>A la luz de una lámpara de petróleo,</i>	57
<i>Sueño con palacios inundados,</i>	58
<i>Rosa esplendorosa,</i>	59
<i>En el lago y sobre una barquichuela,</i>	60
<i>Ansiosa, lejana mía,</i>	61
<i>Contigo viene el bosque,</i>	62
<i>Una pluma tornasolada entre la hierba,</i>	63
Un adelanto de Impresiones,	64
Otros libros del autor,	72